

Cien haikus

Andrés Dickinson



Capítulo 1

CIEN HAIKUS

I

En la memoria

ver cuervos de oro: al fuego

enceguecerse.

II

En la mirada

está la roja bestia

de la existencia.

III

Estar calmado

en la negra vorágine

de esta impura alma.

IV

Mirarse al sol.

El espejo es de sangre.

Ya no hay retorno.

V

¿Sabe la noche
del dolor? ¿Distingue ella
mi sombra amarga?

VI

Lego mi verso
al fuego, y en el olvido,
leve, me hundo.

VII

El cuerpo, ansioso,
desea las cadenas
de espuma y miel.

VIII

Soltar los canes.
Allí reside la ira
de mi destino.

IX

Amargo beso...
¡Una vez más la flor

murió temprana!

X

No te conformes
con el sol. Busca sombra
en blanca luz.

XI

Soltar amarras,
dejar fluir la aurora.
He aquí la noche.

XII

Uno, dos pájaros.
La noche avanza, lenta,
hacia su nido.

XIII

Ahora es tiempo
de verde transición...
Mecerse al viento.

XIV

Torcer el brazo
de la angustia; jamás
torcer el nuestro.

XV

Un colibrí
cruzó en rápido vuelo
Su arco de luz.

XVI

Sobre el mar
cae el Edén envuelto
en la ceniza.

XVII

Morir temprano:
agasajo de dioses:
inexistencia.

XVIII

Se cubre el cielo
con la otra sed del fuego:
la del invierno.

XIX

Australia: llora
por ti la tierra lágrimas
de sangre y fuego.

XX

La majestad
del miedo cerca al mundo.
Jamás hay paz.

XXI

Me visitó
la vigilia y su fragor
me adormeció.

XXII

La última vez:
ese es mi juramento,
agua de noria.

XXIII

&iBella jauría!&,

exclama mi alma frente
a sus demonios.

XXIV

...probar la sangre
de los ojos y ver
la ira de un dios.

XXV

La tarde enciende
las nubes con sus besos
de luz bohemia.

XXVI

La lluvia se hace
amena con los días.
Contempla el fango.

XXVII

Con mi esperanza
camino lerdo el mundo,
muerto de sed.

XXVIII

Montó la noche

el lomo de la gloria.

Pronto murió.

XXIX

Amargo sabe

el pan de la desdicha.

¡Sabor de ausencia...!

XXX

Le temo al tedio.

Es como adormecerse

en la verdad.

XXXI

Es el temor

el ancla del espíritu.

En él renace.

XXXII

Cortar las alas

del pasado, evitar

mirar atrás.

XXXIII

Alud de estrellas,
¿es así como debe
ser el recuerdo?

XXXIV

El ave cruza
un claro cielo de ébano.
Se mira al sol.

XXXV

Contemplo el mar.
¿Es mi alma un naufragio,
una humareda?

XXXVI

Hoy moriré.
Mi cuerpo es el que surge.
Mi alma se pierde.

XXXVII

Ve siempre cauto.
A veces las heridas
se hacen personas.

XXXVIII

Yo no mendigo,
dijo el harapo sobre
la sucia mesa.

XXXIX

Un trino, un eco.
¡Cómo volver al tiempo
de libertad!

XL

Acarició
la cara del estío
un viento seco.

XLI

Son nueve noches.
O eso dijo la montaña,
allá en la sombra.

XLII

El corazón
del cazador tremola
en la memoria.

XLIII

He aquí la aurora.
¿Ya pasó la tormenta?
Adentro llueve.

XLIV

La madura fruta
quebró el hilar del viento.
Cenó la tierra.

XLV

Lee la muerte
el libro de mi vida;
con sorna ríe.

XLVI

La piel renueva

el sabor de la noche.

¡Amar y amar!

XLVII

Continuar, lento,

el camino de fuego.

¿La roja luz?

XLVIII

La gloria sabe

de mis penas. Me invita

a ir tras ella.

XLIX

La nube alberga

el llanto contenido

de mi existencia.

L

Vivir, sinpar,

el paso por la vida

como la tarde.

LI

Tal vez mañana,
sobrecogido, en mí
nazca la muerte.

LII

Como la hiedra
se envuelven los temores
en mi alma leve.

LIII

En paz un duende
arranca de mi suerte
las mustias hojas.

LIV

...la gallardía
del que muere amparado
por la victoria.

LV

La tierra da
frutos al inmortal,

en su eterna hambre.

LVI

¡Allí está, es él!

Todos sabrán su nombre.

¿Estamos listos?

LVII

Ayer me vio

a los ojos el miedo.

Me supo enfermo.

LVIII

No hay simpatía.

Sobre el mundo pervive

el vil deseo.

LIX

La golondrina

voló vacía al nicho,

una vez más.

LX

Retumbó luego
el rayo en la montaña,
muy solitario.

LXI

Vendrá mañana
el arca de los sueños...
¡Allá está mi isla!

LXII

Espesa noche.
Tú velas el cadáver
de nuestro amor.

LXIII

En mi costado
siento un hambre cansina.
¡Adiós, dulzor!

LXIV

Caen tus lágrimas
despidiéndome: anoche
murió una flor.

LXV

Reza por mí

la bestia aquel versículo...

¡Ya no hay dios!

LXVI

Hubo una tarde

sedienta de artilugios;

yo estuve ahí.

LXVII

Se apoltronó

la muerte en el vacío

de la ilusión.

LXVIII

El mundo espera

su momento de luz.

Ahora es tiempo.

LXIX

Sobre el silencio

cae el polvo de nube,
caen los cielos.

LXX

Respira mi alma
los jardines de mármol.
¿Este es mi espejo?

LXXI

El corazón,
sediento, no conoce
el agua lluvia.

LXXII

¿Quién era Dios?
Una alforja, un cántaro
cansado, ausente.

LXXIII

Éramos cuatro:
padre, hijo, mi espíritu
y el de los tres.

LXXIV

En la hojarasca
se entremezclan los sueños
y las verdades.

LXXV

Mirarte a ti
cubierta por la bruma.
¡Descansa, oh diosa!

LXXVI

Nadie sabrá
la gracia de la rosa
en su esplendor.

LXXVII

Sobre tu boca
de cielo cae el sol
de mis deseos.

LXXVIII

Nos besaremos
cuando la muerte acabe

su gran desfile.

LXXIX

Aquí no habrá
martirios; quien desee
libertad, salga.

LXXX

Vuelve a la tierra
el soplo primigenio,
la voz silvestre.

LXXXI

Un vespertino
cielo se abre al milagro:
se hace la luz.

LXXXII

Bebo la verde
copa de los castaños,
como aquel pájaro.

LXXXIII

No dormiré,
lo sé, ahora que nada
promete un triunfo.

LXXXIV

En la marea
de mis trémulos años
gira la angustia.

LXXXV

¿Eres tú, estrella?
Déjame los caminos
que a ti conducen.

LXXXVI

¡Tedio, dolor
de libertad! Comprendo
el cautiverio.

LXXXVII

Aburrimiento:
el tiempo es un enjambre
de mil gusanos.

LXXXVIII

¡Dame cicuta
de tu ensueño, reloj
hecho de sombra!

LXXXIX

Esta es la noche
de los iluminados.
¿Ven? Es momento.

XC

Reír... ¿Llorar?
El pecho, los suspiros...
Nada, eso es todo.

XCI

Esa balada
me empuja a la nostalgia...
¡Sal, dolor mío!

XCII

Y de la Barca

dijo: La vida es sueño.

Vida, ¿y las penas?

XCIII

Música hecha alma...

¡Antídoto del tiempo!

Me fundo en ti.

XCIV

No imploré

la salvación; negada

me fue al nacer.

XCV

De mi costado

se aferran las penurias

como la muerte.

XCVI

Me hice trino

en el vivir de un ave

encadenada.

XCVII

El silencioso

abrigo de la noche...

¡Blanca hurdimbre!

XCVIII

Pronto saldrá

el sol clamando el triunfo.

Y volaremos.

XCIX

Tierra, suspira

tus encantos. Descansa.

Tu plaga mengua.

C

Y reinará

sobre el mundo la gloria

y el cambio y el hoy.